

Friedman pide la salida de Pinochet

SERGIO BITAR

El 25 de enero de 1982 Friedman escribió en la revista Newsweek: "pre-digo que la política de mercado libre no durará si el gobierno militar no es reemplazado por un gobierno civil... De lo contrario, tarde o temprano, y probablemente más temprano que tarde, la libertad económica sucumbirá al carácter autoritario de las Fuerzas Armadas". En pocas palabras, Pinochet ya no sirve y debe irse. Se trata de una declaración sorprendente.

Hasta ahora el modelo chileno se ha sustentado en dos pilares: el esquema económico ultraliberal propuesto por Friedman y aplicado por los "Chicago Boys", y el modelo político dictatorial sustentado en la doctrina de la contra-insurgencia y del enemigo de guerra interior, impuesto por Pinochet. Ultraliberalismo económico y represión política se han reforzado mutuamente. El ultraliberalismo ha atomizado la sociedad, ha mutilado al individuo y ha proporcionado un basamento pseudo-científico para pregonar la supervivencia del más apto, de modo de eximir al modelo por sus resultados nefastos y culpar a cada individuo por su incapacidad. La dictadura ha destruido la organización social, ha reprimido a los trabajadores, ha prohibido la actividad política y ha controlado totalmente los medios de comunicación social. La mano económica invisible y el guante político de hierro han constituido un cerco a la democracia y al desarrollo del país.

Durante ocho años el ultraliberalismo económico se impuso gracias a la dictadura política. Friedman nada dijo. Preocupado de apoyar al modelo económico no se ocupó de las condiciones políticas que lo acompañaban. Su tesis era que el liberalismo económico conduciría a la libertad política. Entretanto, había que esperar un período de "ajuste" antes de cosechar los frutos. Pinochet dijo lo mismo. La dictadura sería una "transición" para desembocar más tarde en una democracia autoritaria. La muerte, la tortura, los desaparecidos, las relegaciones, el exilio, la miseria, la desocupación y el hambre serían transitorios. Curioso: las muertes, transitorias.

Hasta ayer, Friedman aisló artificialmente sus propuestas económicas del contexto político en que se aplica-

ban. Consultado en ocasiones sobre la represión en Chile contestaba que no compartía la situación política, pero sí apoyaba al modelo económico. De este modo, había venido fortaleciendo a Pinochet y a la dictadura y sus métodos.

Con ello, Friedman cometió dos graves faltas. La primera, de orden científico: desconoció la interrelación entre política y economía. Pretendió que su modelo ultraliberal nada tenía que ver con la dictadura. En la práctica, la implantación de su modelo sólo ha sido posible bajo la dictadura. La segunda, de carácter ético: Friedman trató de desligarse de las violaciones a los derechos humanos, parapetándose en su lenguaje científico.

Por otro lado Friedman ha sentenciado en el artículo mencionado: "Chile es un milagro económico". Entre 1977 y 1980 el modelo económico chileno pareció exitoso. Ello se debió esencialmente a la propaganda del gobierno, al control total de los medios de comunicación, al acallamiento de la oposición, y al respaldo de ciertos sectores conservadores de Estados Unidos que vieron en el caso chileno una experiencia de laboratorio que podría justificar la aplicación de esas mismas políticas en

otros países.

En realidad, el modelo nunca fue exitoso. El mero control de la inflación no puede justificar su enorme ineficacia económica y su desproporcionado costo social. El crecimiento logrado fue en buena medida una recuperación después de la caída del producto en 1975 provocada por la propia política económica del gobierno militar. Los sectores productivos apenas han aumentado y la tasa de inversión se mantiene en niveles inferiores a los históricos. Pero el punto más vulnerable ha sido su debilidad frente al exterior. El modelo funcionó gracias al endeudamiento y no al esfuerzo interno. Esa etapa ha terminado.

A partir de agosto de 1981 la economía chilena se ha sumido en una honda crisis. La producción de bienes se ha reducido, la desocupación se agrava nuevamente; el número de quiebras se ha elevado espectacularmente obligando por vez primera al gobierno a violar sus dogmas anti-estatales e intervenir las empresas en falencia; el sistema financiero está amenazado, con una cartera de colocaciones incobrables o atrasadas, y algunos bancos quebrados debieron ser tomados a cargo del Estado. La cuenta corriente

Dolores de cabeza para el dictador



de la balanza de pagos arrojó en 1981 un déficit superior a los 4.000 millones de dólares, la deuda externa superó los 15.000 millones y el servicio de esa deuda, en 1981, se ha aproximado al 100 por ciento de las exportaciones. El Estado, principal enemigo del ultraliberalismo, ha debido intervenir para salvarlo. Friedman se ha decepcionado al constatar las tendencias nacionalistas e intervencionistas que afloran entre los militares.

Pero lo más significativo de esta crisis ha sido el cambio de actitud de los principales actores económicos. A la permanente lucha de obreros y empleados se suma, ahora, la voz de los profesionales, transportistas y comerciantes afectados intensamente por la recesión. Los agricultores, empresarios industriales y de la construcción ven con desazón que el modelo no funciona a su favor y hasta los propios grupos financieros, que especulando se apropiaron de gran parte de los activos del país, ven amenazados sus bancos ante la eventual intervención del Estado. Los militares chilenos no pueden permanecer ajenos a esta crisis y a sus graves consecuencias que amenazan la seguridad de una nación dividida, con un pueblo atemorizado y descontento y una economía sin capacidad de producir ni lo más esencial en caso de un conflicto internacional. El propio Pinochet ha reconocido la inestabilidad que se avecina al calificar de "una medida suicida" la devaluación del peso. Si ante una simple decisión de política económica un gobernante presiente el suicidio no es muy segura su posición.

El modelo ha fracasado, incluso bajo las circunstancias más favorables: represión total y gran flujo de crédito externo.

Ante esta nueva realidad Friedman ha reaccionado, cambiando de opinión. Ahora dice en la revista Newsweek: "He argumentado durante largo tiempo que la libertad económica es una condición necesaria pero no suficiente para la libertad política. Me he convencido que esta generalización... induce a error si no está acompañada por la proposición de que la libertad política a su vez es una condición necesaria para el mantenimiento duradero de la libertad económica". El "largo tiempo" que según él "ha argumentado" no ha sido tanto como para que se oyera antes su voz, y el reciente convencimiento a que alude es tardío para constatar algo tan obvio.

Su nuevo convencimiento —que la



Un modelo fracasado

libertad económica está relacionada con la libertad política— no significa que entienda el carácter de esa relación.

El artículo de Friedman en la revista Newsweek es un ejemplo de malabarismo intelectual. Primero afirma "Chile es un milagro económico". Luego sostiene "Chile es un milagro político aún más importante". Y finalmente concluye que "la política de mercado libre no durará si el gobierno militar no es reemplazado por un gobierno civil". ¿Cómo es posible que dos milagros desemboquen en un descalabro? El único milagro es que Friedman aún conserve su auditorio, y se vista con ropaje científico para ejercer la labor de predicador ideológico. Pretende disfrazar su nuevo rol de malabarista con su

anterior prestigio de monetarista.

Para Friedman, el término del gobierno militar y la recuperación de la libertad política son imprescindibles sólo para proteger la política de libre mercado. No le preocupan las libertades políticas en sí mismas, no le preocupa el hombre, no le preocupan los chilenos. No le preocupa que el Estado reprima a las personas, sólo le inquieta que intervenga en la economía. Ha pretendido promover un experimento político-económico en un pequeño país, dañándolo profundamente.

Lo sorprendente de su declaración queda al fin al desnudo. Friedman trata de salvar su prestigio, distanciándolo de Pinochet. Como Poncio Pilatos, se lava las manos. Y lo hace en la víspera del desastre.

Cuando sugiere el término de la dictadura para oxigenar su modelo económico, ¿no entiende que si la dictadura desaparece el modelo saltaría en pedazos y que nadie, salvo una escuálida minoría, lo toleraría?

Su modelo ultraliberal, presuntamente favorable al sector privado, ha tenido paradójicamente la propiedad opuesta. El está destruyendo las bases de la actividad privada que pretende favorecer. Ha afectado a todo el empresario productivo mediano y pequeño y aún a las grandes compañías. Ha conseguido crear estructuras financieras altamente concentradas, de carácter monopólico y especulativo de desmedro de la libre y plural iniciativa de la mayoría.

